

# Servidumbre y emancipación del libro en Cuba

Por Octavio R. Costa

El libro es una mercancía, pero una mercancía sui-géneris. Está inmerso en el mundo del comercio, sujeto a las leyes de la oferta y la demanda. Pero tiene un valor específico. Pudiera decirse que imponderable. O incommensurable. Porque constituye la fuente de todo conocimiento, de todo saber, de toda cultura. Y es al mismo tiempo su vehículo. Y su instrumento.

Es el receptáculo de la historia del hombre. Es sencillamente asombroso. Una cosa tan breve, tan frágil y tan ligera. Y todo está contenido en el libro. Si no fuera por él no hubiera rastro de lo que ha sido la aventura humana sobre la tierra. Pero en sus páginas viven Babilonia y Atenas. Todo lo que ha tejido la existencia. El itinerario de los pueblos, la audacia de la cultura, el testimonio de las creaciones del espíritu. Desde lo más remoto, desde el propio Homero hasta la actualidad. Ahí están gracias a ese milagro, al alcance de la mano, el verso, la novela, el teatro, el ensayo, el tratado, el discurso. Las letras y las ciencias. Y el arte. Es, sencillamente, la cosa más importante del Mundo, porque sin el libro no existiría nada. Todo existe y sigue existiendo gracias a él. Si por él no fuera todo moriría con la muerte, volatilizado en el tiempo.

Y sin embargo, no se le otorga toda la jerarquía que tiene. No se le brinda el acatamiento que merece. En Cuba ha vivido en perfecto estado de servidumbre. Cargado de gravámenes, como si fueran cadenas de hierro, y como si él fuese un delincuente que hay que mantener inmóvil.

Contribuciones, impuestos, tasas, aranceles, toda la gama fiscal imaginable. La cosa estaba en oprimirlo. En no dejarlo andar, como si fuese una peligrosa herejía. Cargas sobre quien lo edita. Sobre quien lo vende. Sobre quien lo importa. Para ir de un sitio a otro. Toda una terrible conjura para ahogarlo, para no dejarlo cumplir su destino, como si fuese un pecado asomarse al poema de Milton o leer los ensayos de Montaigne.

En Cuba se ha vivido y se vive aún el problema del libro. Un problema plural y múltiple. No hay editores porque no hay mercados para esa mercancía que es el libro. Quien lo vende lo hace a regañadientes. Por vicio y no por negocio, porque no hay clientes suficientes y tiene que trabajar con una mercancía extremadamente riesgosa, que muchas veces, (oh, pecados de esta incivilización del siglo XX) tiene que quemar en busca del espacio vital necesario para las nuevas remesas. El cliente se lamenta de la carestía del producto. Y en medio de todos el autor, que si es cubano, tiene que pagar generosamente la edición y después obsequiarla gentilmente a sus amigos. Si comete el desliz de enviar ejemplares a las librerías sufrirá la desilusión de saber que nadie se interesa por su obra. Ahí se quedarán en los anaqueles, o en la quietud de los paquetes, los ejemplares que en sus sueños contempló recorriendo los caminos del Mundo.

Este es el problema cubano del libro. Un problema con cuatro frentes. Cuatro frentes en lucha. Y mientras, el libro, o inexistente, o inmóvil, o pagado a un precio excesivo. Un coro de protestas. Todos se quejan. Y todos tienen la razón. Y ninguno la tiene. Es el dolor del escritor que no publica. El del lector que no puede leer. El del librero que no vende. El del editor, que no existe, y que si existe no edita, y si edita no vende. Y románticamente queda embarcado en la peor de las aventuras.

Hace más de diez años se le ocurrió a Sontovenia, ese magno historiador que es un inagotable constructor de libros, una forma de contribuir a la solución del problema del libro. Contemplaba el abaratamiento del producto a través de la supresión de todos los impuestos que gravan su itinerario, desde que entra en el linotipo del editor hasta que llega a las manos del lector.

Así fué como cuajó una iniciativa que presentó al Senado que entonces honraba con su presencia. Era una poda fiscal, sin exclusiones. La cosa era liberar al



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

2

libro. Eliminar todas las cargas. Ni el editor ni el librero soportarían gravamen alguno por la fabricación y venta de libros. Era una manera de abaratarlo, de facilitar su venta, de ponerlo al alcance de las manos ávidas, delante de los ojos curiosos.

Y no era esto sólo. Entre muchas medidas más había tres fundamentales. La franquicia postal quedaba reducida a la mínima expresión de un centavo o dos, según el paquete se certificase o no. De esta manera el libro viajaría, recorrería todos los itinerarios, llegaría a los pueblos y a los hogares. Dejaría de costar su franqueo más que su propio valor material.

Otra medida contemplaba la organización de ferias en las provincias. Una forma inteligente de llevar el libro a donde no existe. Y, por último, la creación de premios a favor de autores, de editores y de libreros.

Una pragmática útil, generosa, enderezada a servir la cultura, a facilitar el saber, a contribuir a la ilustración del pueblo. Una ley alta y noble, limpia y sana. Provehosa y fecunda. Una norma para la ciudadanía. Y, sin embargo, fueron inútiles las gestiones de Santovenia. Logró con sudores y ruegos sacarla del Senado, pero se estancó en la Cámara. En va-

no se la resucitó. Había contra ella la conspiración de la indiferencia. Una proposición que hablaba de libros no interesaba. Seguramente se pensaba que la cosa era mera literatura. Es decir, algo sencillamente inútil. Como si el mundo pudiera vivir sin literatura. Como si todo, hasta el movimiento am-

plísimo de una cuchilla no dependiese de la cultura.

Se cerró un ciclo histórico. Comenzó otro. Se archivó el Congreso. Se alumbró el Consejo Consultivo, de tan fecunda ejecutoria. Y sólo en su postrer aliento, en la previa inconciencia de la muerte, dió vida a esa pragmática,

seguramente hereje, heterodoxa, ni más ni menos que endemoniada.

Se ha hecho el milagro. Han caído abajo todos los impuestos. Editores y libreros están ahora exentos de cargas. Aquél podrá fabricar más barato, y éste vender a más bajo precio. Lo mismo el importado que el doméstico tendrá que costar menos. El lector podrá aproximarse más fácilmente a ése que es, quérase o no, un artículo de primera necesidad.

Y acaso podrá también el autor llegar a tener un editor. Un editor que le publique el libro, y que se lo distribuya, y que le ponga

en las manos el rendimiento de su obra.

Todo esto es verdad. Pero no es suficiente. Porque la emancipación del libro no garantiza su circulación y consumo. La ley abarata el libro pero no fabrica lectores. Es que el problema es muy complejo. Tanto que casi puede decirse que comienza con los primeros años, con la primera escuela, desde donde hay que comenzar por fomentar, por crear, por inventar el hábito del libro, la cotidianidad de la lectura.

Hay que educar al niño, al adolescente, al joven con el libro y para el libro. ¿Es que puede haber algo más hermoso que un libro? ¿Que un libro que diga cómo viven las hormigas, o cómo crecen los árboles, o cómo están agrupadas las estrellas, o cómo se ha hecho y deshecho la historia? ¿Algo más bello que un poema, que un cuento o una leyenda, que una tragedia griega, o un drama noruego, o una comedia española? Es el testimonio de un espíritu,

a través del que habla un pueblo, una raza, o una época. ¿Y puede haber acaso algo más milagroso, con una ubicuidad mayor, con una más franca y sincera ac-

cesibilidad?—Un lienzo de Miguel Angel, o un mármol de Rodin están donde están, y nada más. Pero el más humilde, el más apartado, el más solitario de los hombres puede tener delante de sí a Esquilo, o a Cervantes, o a Goethe. Y es por la magia del libro. Por el poder y por la humildad del libro.

Hay que meterlo en los bolsillos, y ponerlo en todos los rincones de la casa. Hay que cercar al hombre con libros, para ilustrarlo, para elevarlo, para salvarlo. Por eso, para defender al hombre, hay que establecer una política del libro como ésta que ac-

ba de aprobarse en Cuba. Un absoluto régimen de libertad. Una total emancipación. Hay que acabar con la servidumbre del libro por el hombre, y en favor del hombre.

Y porque es una mercancía hay que anunciarlo. Hay que hacer saber que existe. Y hay que hacerlo directa e indirectamente. Con el anuncio y con el comentario. Un libro es un suceso. Un acontecimiento. Y hay que ponerlo en la primera página de los periódicos, porque es más importante que una colisión de autos, o una

168

riña de cuatro manos violentas.

Si se anuncia la llegada de un ilustre viajero, hay que decir también que ha llegado a La Habana Par Lagerkvist, con su *Barrabás* y con *El Enano*. Y para que la gente lo sepa, porque nadie sabe por arte de magia, hay que decir quiénes y qué cosa son sus libros y qué importancia tienen sus creaciones.

Cuando se hable del libro y de su autor como se habla de la cerveza y del cigarro, del analgésico y del depurativo para la sangre, se verá cómo el libro se vende, cómo el libro se mete en las casas, como se apodera de las manos, y de los ojos, y de los ánimos.

Hay que gritarlos, y ponerlos en la calle. Y hay que presentar a sus creadores, hasta hacerlos tan familiares como el púgil de moda, o el bateador más feliz y contundente. Y hay que colocarlos en sociedad, y enseñar que el regalo de un ejemplar de Anatole France dice mucho más que el volátil presente de un perfume, o el efímero obsequio de unos pañuelos.

Ya está emancipado. Emancipado en la ley. Pero hay que rescatarlo del ostracismo. Y ponerlo a vivir, como una criatura cualquiera. Una criatura necesaria. Tan necesaria como un artículo de primera necesidad. ¿De qué vive el espíritu sino es de las consolaciones que puede encontrar en el Kempis, o de las enseñanzas que puede hallar en La Bruyere, o de las ilusiones que puede ofrecerle las estrofas de un poeta?

Es nuestro señor el Libro. Emancipado de su servidumbre, libre de sus hierros. Pero que no se quede ahí, triste y solo en su libertad. Que esté sobre toda mesa, junto a toda almohada. Abierto en todas las manos, frente a todos los ojos.

*San, feb 6/55*

IPD

PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA